RIKKI-TIKKI-TAVI

Rudyard Kipling

VIENTOS DEL PUEBLO

fce

RIKKI-
TIKKI-TAVI

RUDYARD KIPLING

RIKKI-TIKKI-TAVI

Traducción
DENNIS PEÑA TORRES

Ilustraciones
CÉSAR SILVA PÁRAMO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2019
[Primera edición en libro electrónico, 2019]

Coordinador de la colección: Luis Arturo Salmerón
Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar
Ilustración de portada: Daniel Roberto Silva Páramo

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6230-9 (ePub)
ISBN 978-607-16-6200-2 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Desde el hueco en que ella entró
Rikki-Tikki llamó a Nag.
Dijo entonces la pequeña:
“¡Nag, sal y baila con la muerte!”

Cara a cara y frente a frente
(mantén el paso, Nag)
tras el baile uno muere
(cuando gustes, Nag).

Doble vuelta, paso y giro
(corre a esconderte, Nag)
¡Ja! ¡La encapuchada perdió el ritmo!
(¡Ay de ti, Nag!)

Ésta es la historia de la gran guerra que Rikki-Tikki-Tavi sostuvo, sin ayuda de nadie, en los cuartos de baño del gran búngalo, dentro del cuartel de Segowlee. El sastrecillo Darzee la ayudó y Chuchundra, la rata almizclera que nunca cruza el centro de la sala sino que siempre se escabulle pegada a la pared, la aconsejó, mas Rikki-Tikki fue quien en verdad llevó el peso de la lucha.

Era una mangosta, parecida a un gatito en el pelaje y la cola, pero su cabeza y costumbres se asemejaban más a las de una comadreja. Sus ojos y la punta de su inquieta nariz eran rosados; podía rascarse donde quisiera con la pierna de su elección, delantera o trasera; podía esponjar su cola hasta hacerla parecer escobilla de botellas, y su grito de guerra al escurrirse entre la hierba era: *¡rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!*

Cierto día una gran inundación veraniega la sacó de la madriguera donde vivía con sus padres, y la arrastró, pateando y aullando, hasta una zanja al lado del camino. Allí encontró un manchón de hierba flotando y se aferró a él hasta que perdió el sentido. Cuando volvió en sí yacía bajo el ardiente sol en medio de un sendero del jardín, calada hasta los huesos. De pronto escuchó la voz de un niñito que decía:

—Aquí hay una mangosta muerta. Vamos a enterrarla.

—No —dijo su madre—, llevémosla dentro a secarla. Quizá aún no esté muerta.

La llevaron a la casa y un robusto hombre la tomó con el pulgar y el índice y dijo que no estaba muerta sino medio ahogada, por lo que la envolvieron en algodón y la acercaron al calor de un pequeño fuego, entonces abrió los ojos y estornudó.

—Ahora —dijo el robusto hombre (un inglés que acababa de mudarse al búngalo)—, no la asusten y veremos qué hace.

Asustar a una mangosta es la cosa más difícil del mundo porque, de la cabeza a la cola, rebosa de curiosidad. El lema de toda la familia mangosta es “corre y busca”, y Rikki-Tikki hacía honor a su familia. Miró el algodón, no le pareció comida, corrió por toda la mesa, se sentó y se acomodó el pelaje, se rascó y saltó al hombro del niño.

—No te asustes, Teddy —le dijo su padre—. Sólo quiere ser tu amiga.

—¡Ay! Me hace cosquillas en la barbilla —gritó Teddy.

Rikki-Tikki husmeó por el cuello del niño, mirando hacia adentro, le olfateó la oreja y saltó al suelo a restregarse el hocico.

—¡Válgame—exclamó la madre de Teddy—, y el bicho era salvaje! Debe ser así de manso porque lo tratamos bien.

—Todas las mangostas son así —respondió su esposo—. Si Teddy no la toma de la cola o intenta enjaularla, todo el día correrá dentro y fuera de la casa. Démosle algo de comer.

Le dieron un pedacito de carne cruda, que a Rikki-Tikki le gustó muchísimo, y cuando se lo terminó salió a la terraza, se sentó a la luz del sol y esponjó su pelaje para secarlo hasta la raíz. Después de esto se sintió mejor.

“En esta casa hay más cosas por descubrir —se dijo— de las que mi familia entera podría olfatear en toda su vida. Ciertamente me quedaré a inspeccionarlas todas.”

Pasó el día entero vagando por la casa. A nada estuvo de ahogarse en las bañeras, metió la nariz en el tintero de una mesa de escribir y se la quemó con la punta del cigarro del hombre robusto, pues se le trepó en el regazo para ver lo que hacía. Al anochecer fue a la habitación de Teddy y vio cómo se encendían las lámparas de querosén, y cuando el niño se acostó, Rikki-Tikki se metió a la cama también, pero era una compañera inquieta y tenía que levantarse, atender todos los ruidos de la noche y averiguar qué los provocaba. Ya para dormir entraron los padres de Teddy a revisar al niño y ahí estaba Rikki-Tikki, despierta sobre la almohada.

—Esto no me gusta —dijo la madre—; podría morder al niño.

—No lo hará —contestó el padre—. Teddy está más seguro con este animalillo que si tuviera un sabueso para vigilarlo. Si en este momento entrara a la habitación una serpiente...

Pero la madre de Teddy no concebía algo tan horrible.

A primera hora del día siguiente Rikki-Tikki llegó a desayunar a la terraza montada en el hombro de Teddy: comió plátano y un poco de huevo duro; se sentó en las piernas de todos, uno tras otro, porque toda mangosta bien educada siempre aspira a ser animal doméstico y tener habitaciones para correr; y porque su madre (que había vivido en la casa del general, en Segowlee) tuvo cuidado de decirle qué hacer si alguna vez se encontraba entre hombres blancos.

Luego, Rikki-Tikki salió al jardín para ver lo que en él había. Era un jardín grande, cultivado a medias, con frondosos rosales —tan grandes como cabañitas de verano— del tipo mariscal Niel, limeros y naranjos, grupos de bambúes y matorrales de hierba alta. Rikki-Tikki se relamió de gusto.

—Éste es un espléndido cazadero —dijo, y sólo de pensarlo la cola se le esponjó como escobilla, así que se escabulló por el jardín, olfateando aquí y allá hasta que escuchó voces muy tristes provenientes de un espino.

Eran el sastrecillo Darzee y su esposa. Habían construido un hermoso nido juntando dos hojas grandes, cosiéndolas con fibras y rellenado el hueco con algodón y pelusa suave. El nido se balanceaba de un lado a otro, mientras ellos sollozaban posados en el borde.

—¿Qué sucede? —preguntó Rikki-Tikki.

—Estamos afligidos —dijo Darzee—. Ayer uno de nuestros polluelos se cayó del nido y Nag se lo comió.

—¡Vaya! —contestó Rikki-Tikki—, eso es muy triste, pero soy nueva aquí, ¿quién es Nag?

Darzee y su esposa sólo se acurrucaron en el nido sin responder, pues de entre la espesa hierba que crecía al pie del arbusto salió un sordo siseo, un sonido frío y horrible que hizo a Rikki-Tikki retroceder medio metro de un salto. Entonces poco a poco se elevó la cabeza encapuchada de Nag, una gruesa cobra negra de metro y medio de la punta de la lengua a la punta de la cola. Cuando hubo levantado del suelo un tercio de su cuerpo siguió balanceándose de un lado a otro, justo como un corimbo de diente de león en el viento, y miró a Rikki-Tikki con esos ojos de serpiente malvada que nunca cambian de expresión, sin importar lo que esté pasando por su mente.

—¿Que quién es Nag? —preguntó—. Yo soy Nag. El gran dios Brahmá puso su marca en toda nuestra gente cuando la primera cobra extendió su capucha para cubrirlo del sol mientras dormía. ¡Mírame y tiembla!

Nag extendió su capucha más que nunca y Rikki-Tikki pudo ver la figura en forma de gafas que tenía detrás, aquella que luce exactamente igual a la presilla de un cierre de corchete. Por un momento tuvo miedo, pero es imposible que una mangosta permanezca atemorizada demasiado tiempo, y si bien Rikki-Tikki nunca antes había visto una cobra viva, su madre la había alimentado con algunas muertas; además, sabía que el deber de toda mangosta adulta es luchar contra serpientes y comérselas. Nag también sabía esto y en el fondo de su frío corazón tenía miedo.

—Bueno —dijo Rikki-Tikki, y su cola comenzó a esponjarse de nuevo —, con marcas o sin ellas, ¿crees que es correcto comerse polluelos que se caen del nido?

Nag estaba pensativo; observaba el mínimo movimiento que pudiera provocarse en la hierba detrás de Rikki-Tikki. Sabía que el haber mangostas en el jardín tarde o temprano significaría la muerte para él y su familia, pero quería tomar a Rikki-Tikki desprevenida, así que bajó un poco la cabeza y la ladeó.

—Hablemos —dijo—. Tú comes huevos. ¿Por qué yo no he de comer pájaros?

—¡Detrás de ti! ¡Mira detrás de ti! —trinó Darzee.

Rikki-Tikki había aprendido a no perder tiempo volteando a mirar, así que dio un brinco tan alto como pudo y justo debajo de ella zumbó la cabeza de Nagaina, la malvada esposa de Nag. Se había deslizado detrás de Rikki mientras la mangosta hablaba, con la intención de acabarla. Rikki escuchó el siseo salvaje al fallar el ataque, le cayó casi por la espalda y si hubiera sido una mangosta experimentada habría sabido que ése era el momento de romperle el lomo de un mordisco, pero temía el terrible latigazo que daría la cobra con la cola. Mordió, sí, pero no mordió durante el tiempo suficiente, así que saltó lejos de la relampagueante cola dejando a Nagaina lastimada y furiosa.

—¡Darzee! ¡Malvado! —dijo Nag, levantándose tan alto como pudo para alcanzar el nido en el espino, pero Darzee lo había construido fuera del alcance de las serpientes así que la pequeña morada no hizo más que balancearse.

Rikki-Tikki sintió que sus ojos se encendían (señal de una mangosta enfurecida), y se sentó sobre su cola y sus patas traseras como un pequeño canguro, mirando a su alrededor y castañeteando de rabia, pero Nag y Nagaina ya habían desaparecido entre la hierba. Cuando una serpiente falla el ataque no dice nada ni da señal ninguna de lo que intentará hacer después. A Rikki-Tikki no le interesaba seguirlos, pues no estaba segura de poder contra dos serpientes a la vez, así que se dirigió a la senda de grava, cerca de la casa, y se sentó a pensar. Para Rikki el asunto era de verdadera importancia.

Si lees antiguos libros de historia natural encontrarás que cuando una mangosta lucha contra una serpiente y ésta la muerde, la mangosta corre a

comer una hierba que la cura. Esto no es verdad. La victoria no es sino cuestión de agudeza visual y de reflejos —el ataque de la serpiente contra el salto de la mangosta— y como no hay ojo que pueda seguir el movimiento frontal de una serpiente al atacar, de ahí que todo sea mucho más maravilloso que si interviniera alguna hierba mágica. Rikki-Tikki era una mangosta joven, así que pensar que había logrado eludir un ataque por la espalda la llenaba de satisfacción. El asunto le dio confianza en sí misma y, cuando Teddy llegó corriendo por el camino, Rikki-Tikki estaba lista para dejarse acariciar.

Pero justo en el momento en que Teddy se inclinaba algo se retorció un poco entre el polvo y una tenue voz dijo:

—¡Cuidado! ¡Soy la Muerte!

Era Karait, la diminuta víbora color de tierra que disfruta serpentear en el polvoriento suelo y cuya mordida es tan mortífera como la de la cobra. Pero es tan pequeña que nadie piensa en ella y por eso resulta mucho más dañina.

Los ojos de Rikki-Tikki se encendieron otra vez y como bailando, con ese peculiar vaivén, ese balanceo que había heredado de su familia, llegó hasta Karait. El espectáculo es graciosísimo, pero su andar está tan perfectamente equilibrado que puede salir disparada desde cualquier ángulo que desee, y tratando con serpientes ésa es una ventaja. Si tan sólo Rikki-Tikki hubiera sabido que el asunto en el que se metía era algo mucho más peligroso que pelear contra Nag, pues Karait es tan pequeña y puede girar tan rápido que como Rikki no la mordiera en la nuca, recibiría ella la mordida en los ojos o el hocico. Excepto que Rikki ignoraba todo esto. Sus ojos estaban encendidos y se balanceaba hacia delante y hacia atrás, buscando un buen lugar para atacar; no obstante, Karait se le adelantó. Rikki saltó hacia un lado e intentó contraatacar, pero la grisácea y polvorienta cabecilla gris latigueó muy cerca de su hombro; tuvo pues que

saltar por encima del cuerpo, mientras la mortal fierecilla le seguía los talones.

Teddy gritó hacia la casa:

—¡Miren esto! Nuestra mangosta está matando a una serpiente.

Rikki-Tikki escuchó gritar a la madre de Teddy y el padre salió con una vara, pero cuando llegó, Karait ya había soltado un ataque mal planeado, así que Rikki-Tikki se impulsó, saltó sobre la espalda de la serpiente, hundió la cabeza hasta donde pudo entre sus patas delanteras, mordió tan alto en la espalda como pudo y se alejó rodando. El mordisco paralizó completamente a Karait, y Rikki-Tikki estaba ya por devorarla, empezando por la cola, como era la costumbre familiar a la hora de la cena, cuando recordó que comer demasiado vuelve lentas a las mangostas, y que si quería conservar su fuerza y agilidad debía mantenerse delgada.

Rikki-Tikki se fue a tomar un baño de polvo bajo unas matas de ricino, mientras el padre de Teddy azotaba los restos de Karait.

—¿Eso de qué sirve? —pensó Rikki-Tikki— ¡Yo ya lo solucioné!

Entonces la madre de Teddy la levantó del polvo, acariciándola y diciendo que había salvado la vida del pequeño; el padre calificó aquel asunto como una providencia, y el mismo Teddy miraba la escena con ojos grandes y temerosos. A Rikki-Tikki lo divertía muchísimo todo el alboroto, del cual, por supuesto, no entendía una sola palabra. La madre del niño bien podría haberla acariciado por estar jugando en la tierra. Rikki lo estaba pasando de maravilla.

Esa noche en la cena, pasando de un lado a otro entre las copas de vino sobre la mesa, Rikki pudo haberse colmado tres veces con platillos deliciosos, pero recordaba a Nag y Nagaina, y si bien era muy agradable que la madre de Teddy la acariciara y la mimara, o sentarse en el hombro del niño, los ojos se le encendían de vez en cuando y lanzaba su largo grito de guerra: *¡rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!*

Teddy se la llevó a la cama e insistió en que durmiera bajo su barbilla. Rikki-Tikki estaba demasiado bien educada como para morder o arañar, pero en cuanto el pequeño se durmió salió a dar su paseo nocturno por la casa. En la oscuridad tropezó con Chuchundra, la rata almizclera que se

escabullía pegada a la pared. Chuchundra es un animalillo que vive abatido. Se queja y lloriquea toda la noche intentando decidirse si correr o no hacia el centro de la habitación, pero nunca logra llegar hasta allí.

—No me mates —dijo Chuchundra casi llorando—. Rikki-Tikki, ¡no me mates!

—¿Crees tú que un exterminador de serpientes mata ratas almizcleras? —preguntó Rikki-Tikki con cierto aire de desdén.

—Los que matan serpientes son muertos también por ellas —dijo Chuchundra, más triste que nunca—. ¿Cómo me aseguro yo de que Nag no me confundirá contigo alguna noche oscura?

—No existe el menor peligro —respondió Rikki-Tikki—. Además, Nag está en el jardín y yo sé que tú no te asomas allí.

—Mi primo Chua, la rata, me contó… —dijo Chuchundra, y de pronto guardó silencio.

—¿Qué te contó?

—¡Shhh! Nag está en todas partes, Rikki-Tikki. Debiste haber hablado con Chua allá en el jardín.

—Pues no lo hice, así que cuéntame. ¡Rápido, Chuchundra, o te muerdo!

Chuchundra se sentó y lloró hasta que las lágrimas rodaron por sus bigotes.

—Soy una rata mediocre —sollozó—. Jamás tuve el valor suficiente para salir corriendo por el centro de una habitación. ¡Shhh! No debo decirte nada. ¿Escuchas eso, Rikki-Tikki?

Rikki-Tikki se puso a escuchar. La casa estaba en total silencio, pero le pareció escuchar el roce más tenue del mundo —un ruido tan sutil como el que hace una avispa al caminar sobre el cristal de una ventana—, el seco rasguño que producen las escamas de una serpiente sobre los ladrillos.

“Es Nag o Nagaina —se dijo a sí mismo— y se está arrastrando hacia la compuerta del baño.”

—Tienes razón, Chuchundra; debí haber hablado con Chua.

Rikki-Tikki se escabulló hasta el baño de Teddy, y al no encontrar nada se dirigió al de la madre del niño. En la base de la lisa pared de estuco había

un ladrillo suelto que servía para abrir canal al agua del baño, y cuando Rikki-Tikki entró por el bordillo de mampostería donde estaba la bañera escuchó a Nag y Nagaina susurrar en la parte de afuera, a la luz de la luna.

—Cuando la casa quede vacía —dijo Nagaina a su esposo— tendrá que irse y el jardín volverá a ser nuestro. Entra en silencio y recuerda que el primero al que debes morder es al hombre robusto que mató a Karait. Luego sales a informarme y juntos buscamos a Rikki-Tikki.

—¿Pero estás segura de que ganamos algo matando a la gente? —preguntó Nag.

—Ganamos todo. Cuando no había gente en el búngalo, ¿teníamos alguna mangosta en el jardín? Mientras el búngalo esté deshabitado nosotros somos el rey y la reina; y recuerda que apenas se abran los huevos que dejamos en el melonar y nazcan nuestros pequeños (cosa que podría suceder mañana), necesitaremos más espacio y tranquilidad.

—No había pensado en eso —dijo Nag—. Iré, pero después no hay necesidad de buscar a Rikki-Tikki. Mataré al hombre robusto, a su esposa y al niño si puedo, y saldré en silencio. Entonces, como el búngalo quedará vacío Rikki-Tikki se irá.

Al oír esto Rikki-Tikki se estremeció lleno de rabia y odio; y justo en ese instante la cabeza de Nag atravesó la compuerta, seguida de su frío cuerpo de metro y medio. Furiosa y todo como estaba, Rikki-Tikki se asustó al ver el gran tamaño de la cobra. Nag se enroscó, levantó la cabeza y miró el baño en la oscuridad, y Rikki pudo ver sus ojos brillar.

—Entonces, si lo mato aquí Nagaina lo sabrá, pero si lo enfrento en campo abierto las probabilidades estarán a su favor. ¿Qué hago? —dijo Rikki-Tikki-Tavi.

Nag se balanceó de un lado a otro, y luego Rikki-Tikki lo escuchó beber de la jarra de agua más grande que se usaba para llenar la tina.

—Muy bien —dijo la serpiente—. Ahora, cuando mataron a Karait, el hombre robusto tenía una vara. Aún podría tenerla, pero cuando venga a bañarse por la mañana no la tendrá. Esperaré aquí hasta que entre. Nagaina, ¿me escuchas? Esperaré aquí en el fresco hasta que sea de día.

No hubo respuesta de fuera, así que Rikki-Tikki entendió que Nagaina se había marchado. Nag enroscó cada uno de sus anillos rodeando el bulboso fondo de la jarra, y Rikki-Tikki permaneció quieta como un muerto. Después de una hora comenzó a moverse, músculo por músculo, hacia la jarra. Nag dormía, y mientras Rikki-Tikki miraba su gran espalda, se preguntaba cuál sería el mejor lugar para pegarle una buena mordida.

“Si no le rompo el espinazo al primer salto —pensó Rikki— todavía podría pelear, y si pelea… ¡ay de ti, Rikki!”

Miró el grueso cuello debajo de la capucha, pero era demasiado para él, y un mordisco cerca de la cola sólo enfurecería aún más a Nag.

—Debe ser en la cabeza —dijo al fin—, en la cabeza y por encima de la capucha; y una vez que lo tenga, no debo aflojar la mordida.

Saltó entonces sobre la cobra. Apoyada en el piso, la mandíbula sobresalía un poco de la jarra de agua, bajo su curva, y apenas le clavó los dientes, Rikki apoyó el cuerpo al recipiente de loza roja para sujetar mejor la cabeza. Esto le dio apenas un segundo de ventaja, y ella lo aprovechó al máximo. Nag respondió sacudiéndola de un lado a otro cual perro a una rata: de aquí allá y de arriba abajo sobre el piso, dando vueltas y haciendo grandes círculos, pero los ojos de Rikki estaban al rojo vivo y no lo soltó aunque el cuerpo de la cobra la azotaba sobre el piso, volcando la bandeja de hojalata, la jabonera y un cepillo de baño, ni aunque la golpeaba contra las paredes metálicas de la bañera. Mientras se aferraba, Rikki-Tikki apretaba las mandíbulas con más fuerza, pues estaba segura de que algún golpe de Nag la mataría, y por el honor de su familia prefería que la encontraran con las mandíbulas trabadas. Mareada, dolorida y con la sensación del cuerpo hecho trizas, sintió de pronto que justo detrás de ella algo se disparaba como un trueno. Un aire caliente la dejó sin sentido y un rojo fuego le chamuscó el pelaje. El hombre robusto se había despertado con el ruido y le había disparado a Nag ambos tiros de una escopeta justo detrás de la capucha.

Rikki-Tikki permaneció aferrándose a su presa pero con los ojos cerrados, pues estaba segura de haber muerto. Pero la cabeza de la cobra no se movía; en eso el hombre robusto la levantó y dijo:

—Alice, una vez más fue la mangosta. Esta vez la pequeña nos salvó la vida a nosotros.

Entonces entró la madre de Teddy muy pálida y vio los restos de Nag, mientras Rikki-Tikki se arrastraba hasta el dormitorio del pequeño e intentaba pasar la noche, a medias durmiendo y a medias sacudiéndose suavemente para saber si en verdad había quedado tan destrozada como se sentía.

A la mañana siguiente estaba toda adolorida, pero satisfecha con el fruto de sus esfuerzos.

—Ahora tengo que ajustar cuentas con Nagaina, y ella será peor que cinco Nags juntos; y qué decir de cuando se abran los huevos que mencionó. ¡Cielos! No tengo más opción que ir a ver a Darzee —dijo.

Sin esperar al desayuno, Rikki-Tikki corrió hacia el espino donde Darzee cantaba una melodía de triunfo a todo pulmón. La noticia de la muerte de Nag se sabía ya en todo el jardín, pues el barrendero había arrojado el cuerpo al basurero.

—¡Oh, estúpido mechón de plumas! —dijo molesto Rikki-Tikki—. ¿Es éste el momento de cantar?

—¡Nag está muerto, muerto, muerto! —trinó Darzee—. La valiente Rikki-Tikki lo cogió por la cabeza sin soltarlo. ¡El hombre robusto trajo la vara explosiva y Nag cayó hecho pedazos! ¡Nunca más se volverá a comer a mis bebés!

—Sí, todo eso es cierto, pero ¿dónde está Nagaina? —dijo Rikki-Tikki, mirando cuidadosamente a su alrededor.

—Nagaina llegó a la compuerta del baño y llamó a Nag —continuó Darzee— y Nag salió colgando de la punta de un palo porque así lo recogió el barrendero para lanzarlo al basurero. ¡Cantemos a la gran Rikki-Tikki, la de ojos carmesí! —y Darzee infló el pecho y cantó.

—¡Si pudiera subir a tu nido te sacaba con todo y polluelos! —dijo Rikki-Tikki—. No sabes actuar con mesura ni discreción. Estás allí muy seguro en tu nido, pero aquí abajo es el acabose para mí. Deja de cantar por un momento, Darzee.

—Me detendré para complacer a la gran, la hermosa Rikki-Tikki —dijo Darzee—. ¿Qué sucede, oh verdugo del terrible Nag?

—Por tercera vez, ¿dónde está Nagaina?

—En el montón de basura junto a los establos, de luto por Nag. Grande eres Rikki-Tikki, la de los blancos dientes.

—¡Al diablo mis blancos dientes! ¿Alguna vez escuchaste dónde guarda sus huevos?

—En el melonar, en el extremo más cercano a la pared, donde el sol da casi todo el día. Los escondió allí hace semanas.

—¿Y jamás pensaste que valía la pena decírmelo? ¿En el extremo más cercano a la pared, dices?

—Rikki-Tikki, ¿no pensarás en ir allí a comerte sus huevos, cierto?

—No exactamente a comerlos, no. Darzee, si te queda un gramo de sentido común volarás a los establos, fingirás que te rompiste el ala y dejarás que Nagaina te persiga hasta este arbusto. Debo llegar al melonar, pero si voy ahora ella podría verme.

Darzee era un pequeñín con cerebro de pluma que nunca pudo retener en su cabeza más de una idea a la vez. Y porque sabía que los hijos de Nagaina nacían de huevos como los suyos, nunca pensó que fuera justo matarlos. Pero su esposa era un ave sensata; ella sabía que más adelante los huevos de cobra significarían cobras jóvenes, así que salió volando del nido y dejó que Darzee mantuviera calientes a sus polluelos y continuara su canción sobre la muerte de Nag. En cierto sentido Darzee era muy parecido a un hombre.

Aleteó entonces el ave frente a Nagaina junto al basurero y exclamó:

—¡Ay, mi ala está rota! El niño de la casa me lanzó una piedra y la rompió —a continuación revoloteó más desesperada que nunca.

Nagaina levantó la cabeza y siseó:

—Fuiste tú quien advirtió a Rikki-Tikki cuando planeaba matarla. Definitivamente has elegido un mal lugar para venir a renquear —y se dirigió hacia la esposa de Darzee, deslizándose sobre el polvo.

—¡El muchacho me la rompió con una piedra! —sollozó la esposa de Darzee.

—¡Bien! Tal vez te sirva de consuelo saber que cuando estés muerta arreglaré cuentas con el niño. Esta mañana mi esposo yace en el basurero, pero antes del anochecer será el niño de la casa quien se quedará muy

quieto. ¿De qué te sirve huir? Estoy segura de poder atraparte. ¡Pequeña tonta, mírame!

La esposa de Darzee era sensata y sabía que no debía hacerlo, pues un ave que fija los ojos en los de una serpiente se asusta tanto que queda inmóvil. La esposa de Darzee siguió aleteando y sollozando sin levantar el vuelo, así que Nagaina aceleró el paso.

Rikki-Tikki los escuchó ir por el sendero desde los establos y corrió hacia el extremo del melonar más cercano a la pared. Allí, sobre la cálida hojarasca, entre melones, escondidos con gran astucia, encontró veinticinco huevos similares en tamaño a los de una gallina enana, pero cubiertos de una piel blanquecina en lugar de cascarón.

—Llegué justo a tiempo —dijo, ya que podía ver a las pequeñas cobras enroscadas dentro de la piel, y porque sabía que ya en el momento de romper el huevo cada una era capaz de matar a un hombre o a una mangosta. Mordió cada huevo por un extremo tan pronto como pudo, cuidando de aplastar bien a las diminutas cobras, y de vez en cuando removía la hojarasca para ver si había olvidado alguna. Cuando ya sólo quedaban tres huevos Rikki-Tikki comenzó a deleitarse en su hazaña; de pronto escuchó gritar a la esposa de Darzee:

—Rikki-Tikki, conduje a Nagaina hacia la casa y ya está en la terraza, y… ¡ay, ven pronto que matará a alguien!

Rikki-Tikki reventó dos de los huevos y saltó del lecho del melonar con el tercero en la boca, y tan pronto como pudo poner las patas en el suelo se escabulló hacia la terraza. Teddy y sus padres estaban allí tomando el desayuno, pero Rikki-Tikki notó que no comían nada. Se habían quedado completamente inmóviles y sus rostros estaban blancos de miedo. Nagaina, enrollada sobre la estera junto a la silla de Teddy, a poca distancia de la pierna desnuda del niño, se balanceaba de un lado a otro cantando con aires de triunfo.

—Hijo del hombre que mató a Nag —siseó ella—, quédate muy quieto. Aún no estoy lista. Espera un poco. ¡Quietos los tres! Al menor movimiento les salto encima, y si no se mueven, también. ¡Vaya tontos que mataron a mi Nag!

Los ojos de Teddy estaban fijos en su padre, y todo lo que éste hacía era susurrar:

—Quédate quieto, Teddy. No te muevas. Por favor, Teddy, ni un movimiento.

Entonces apareció Rikki-Tikki gritando:

—¡Date la vuelta, Nagaina! ¡Voltea y lucha!

—Todo a su debido tiempo —dijo ella sin desviar la mirada—. Ya saldaremos cuentas tú y yo. Mira a tus amigos, Rikki-Tikki, están petrificados y pálidos. Tienen miedo. No se atreven a moverse, y si te acercas un paso más, salto y los muerdo.

—Echa un vistazo a tus huevos —dijo Rikki-Tikki— allá en el melonar junto a la pared. ¡Ve y mira, Nagaina!

La gran serpiente se dio media vuelta y vio el huevo sobre la terraza.

—¡Ah, dámelo! —exclamó.

Rikki-Tikki puso sus patas una en cada extremo del huevo, y con ojos encendidos como la sangre respondió:

—¿Cuánto vale un huevo de serpiente? ¿Y una joven cobra? ¿Y un rey cobra pequeñito? ¿Y la última de todas tus crías? Justo ahora las hormigas se están comiendo al resto allá en el melonar.

Nagaina se dio la vuelta, olvidándose de todo por aquel huevo. Rikki-Tikki vio al padre de Teddy estirar el brazo, agarrar al niño por el hombro y

levantarlo sobre la pequeña mesa con las tazas de té, poniéndolo a salvo, fuera del alcance de Nagaina.

—¡Caíste! ¡Caíste! ¡Caíste! *¡Rikk-tck-tck!* —dijo riendo Rikki-Tikki—. El niño está a salvo y fui yo… ¡yo! quien anoche le cayó a Nag por la capucha en el baño.

En seguida comenzó a saltar de arriba para abajo con las cuatro patas juntas y la cabeza muy cerca del piso.

—Me sacudió de un lado a otro pero no pudo liberarse. Ya estaba muerto antes de que llegara el hombre y lo partiera en dos. ¡Fui yo! *¡Rikki-tikki-tck-tck!* Ven pues, Nagaina. Ven y pelea conmigo. No serás viuda mucho tiempo.

Nagaina vio que había perdido su oportunidad de matar a Teddy y el huevo seguía entre las patas de Rikki-Tikki.

—Dame ese huevo, Rikki-Tikki. Dame el último de mis huevos y me iré y nunca volveré —dijo ella, bajando su capucha.

—Sí, te irás y nunca volverás. Pero será al basurero con Nag. ¡Pelea, viuda! ¡El hombre fue ya por su arma! ¡Defiéndete!

Rikki-Tikki brincaba alrededor de Nagaina, manteniéndose fuera del alcance de su ataque, sus ojitos rojos como brasas. Nagaina se enroscó sobre sí misma y tomando impulso se le arrojó. Rikki-Tikki saltó echándose hacia atrás. Una y otra vez atacó la cobra, y con cada intento su cabeza golpeaba en la estera del balcón, pero se volvía a enroscar sobre su propio cuerpo cual resorte de un reloj. Mientras tanto Rikki-Tikki brincaba en círculos para llegar detrás de ella y Nagaina se giraba a su vez para mantenerse frente a frente, de modo que el paso de su cola sobre la estera sonaba como hojas secas arrastradas por el viento.

Rikki-Tikki había olvidado el huevo, el cual todavía yacía en la galería, de modo que Nagaina se le fue acercando poco a poco, hasta que por fin, mientras la mangosta recobraba el aliento, se lo echó a la boca, volteó hacia los escalones del balcón y voló como una flecha por el camino, con Rikki-Tikki siguiéndole el paso. Cuando una cobra corre por su vida se mueve como la punta de un látigo azotado sobre el caballo.

Rikki-Tikki sabía que debía atrapar a la cobra o todos los problemas volverían a empezar. Nagaina salió directo hacia la larga hierba junto al espino, y al ir pasando Rikki-Tikki escuchó que Darzee aún seguía cantando su ridícula cancioncilla triunfal. Pero la esposa del pajarillo era más sabia: voló del nido justo en el momento que Nagaina se aproximó y le batió las alas sobre la cabeza. Si Darzee también hubiera ayudado la habrían podido desviar, pero Nagaina solo bajó su capucha y siguió su camino. Con todo, el retraso momentáneo hizo que Rikki-Tikki la alcanzara, y cuando ella se zambulló en la madriguera ratonil donde solía vivir con Nag, sus dientecillos blancos ya se habían aferrado a la cola de la cobra, de modo que ambas se sumergieron en el escondrijo. Vale la pena aclarar que muy pocas mangostas, por muy sabias y experimentadas que sean, se atreven a seguir a una cobra a su guarida.

En el agujero todo estaba oscuro y Rikki-Tikki desconocía si el pasadizo se ensancharía de pronto y le daría a Nagaina el espacio suficiente para girarse y atacar, así que se aferró salvajemente y extendió sus patas a manera de frenos en aquella oscura pendiente de tibia y húmeda tierra.

Después de unos momentos la hierba alrededor de la boca del agujero dejó de agitarse y Darzee dijo:

—¡Es el fin de Rikki-Tikki! Entonemos himnos a su muerte. ¡La valerosa Rikki-Tikki tiene los momentos contados, pues seguramente Nagaina la matará ahí abajo!

Cantó entonces una canción muy lúgubre que improvisó en el triste momento, y justo cuando llegaba a la parte más conmovedora, la hierba se volvió a sacudir y Rikki-Tikki, cubierto de tierra, se arrastró poco a poco fuera del agujero relamiéndose los bigotes. En seguida Darzee soltó un grito y de golpe se calló. Rikki-Tikki se sacudió un poco el polvo y estornudó.

—Todo ha terminado —dijo—. La viuda no saldrá jamás.

Las hormigas rojas que viven entre los tallos de la hierba la oyeron y bajaron en fila marchando para comprobar si decía la verdad.

Rikki-Tikki se acomodó en el pasto y durmió ahí mismo; durmió y durmió hasta bien entrada la tarde, pues había tenido un duro día de trabajo.

—Ahora —dijo al despertar—, volveré a la casa. Avisa al calderero, Darzee, y él le se encargará de contarles a todos en el jardín que Nagaina ha muerto.

El calderero es un ave que hace un ruido muy semejante al de un pequeño martillo golpeteando sobre una olla de cobre, y la razón es que el calderero es el pregonero de todo jardín indio; es el encargado de llevar las nuevas a todo el que quiera escuchar. Cuando Rikki-Tikki subía por el sendero escuchó sus notas de “atención” como una pequeña campana para llamar a cenar, y luego un constante “¡Ding-dong-toc! ¡Nag ha muerto! ¡Dong! ¡Nagaina ha muerto! ¡Ding-dong-toc!” Al oírlo todas las aves del jardín trinaron y las ranas croaron, pues además de pajarillos Nag y Nagaina también solían comer ranas.

Cuando Rikki llegó a la casa, Teddy, su madre (quien aún seguía pálida, pues se había desmayado) y su padre salieron a recibirlo y casi rompen en

llanto. Esa noche Rikki comió todo cuanto le dieron hasta que no pudo más y se acostó a dormir en el hombro de Teddy; ahí mismo lo encontró la madre del niño ya entrada la noche cuando fue a verlo dormir.

—Salvó nuestras vidas y la de Teddy —le dijo a su esposo—. Imagínate, nos salvó la vida a todos.

Rikki-Tikki se despertó de un salto porque las mangostas son de sueño ligero.

—Ah, son ustedes. ¿Por qué me despiertan? Todas las cobras están muertas, y si quedara alguna de eso me encargo yo.

Rikki-Tikki tenía derecho a estar orgullosa de sí misma. Pero no exageró con la arrogancia y mantuvo el jardín como debe hacerlo una mangosta, con los dientes, a saltos y a mordidas, de modo que jamás una cobra se atrevió a asomar la cabeza dentro de sus paredes.

El canto de Darzee en honor a Rikki-Tikki-Tavi

Cantor y tejedor soy yo,
dobles son mis alegrías:
orgulloso al surcar el viento,
orgulloso al tejer mis ramitas.
A un lado y al otro entono mi trino; arriba
y abajo hilo mi nido.

Canta a tus polluelos otra vez,
madre, ¡alza la vista!
El mal que nos azotaba cayó,
la Muerte del jardín por fin pereció.
¡Frío está en trono de estiércol, el terror
tras las rosas reina a los muertos!

¿Quién nos salvó, quién fue?
¿Dónde vive, cuál es su nombre?
Fue Rikki, la valerosa, la única,
Tikki, con los ojos de lumbre,
Rikk-tikki-tikki, colmillos de marfil,
¡cazadora con ojos de fuego!

Sus gracias las aves te ofrecen:
sus plumas y frentes se inclinan,
¡sus cantos y elogios a ti te dedican!
¡No! Seré yo quien la alabe:
¡escuchen! ¡Rikki, la de cola esponjada!
¡Rikki, la de ojos de llamas!

(Aquí Rikki-Tikki lo interrumpió y el resto de la canción se perdió.)

ÍNDICE

Portada

Portadilla

Legal

Ésta es la historia de la gran guerra que Rikki-Tikki-Tavi…

Rudyard Kipling (1865-1936), escritor y poeta británico nacido en Bombay, India, lugar al que regresó una y otra vez e inspiró profundamente su obra. Corresponsal de guerra y editor de periódicos, fue un viajero empedernido y un prolífico autor. En 1907, con 42 años de edad, fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura, convirtiéndose así en el escritor más joven en recibirlo.

Los textos más celebrados de Kipling, los que lo hicieron mundialmente famoso, tienen a la India como escenario, principalmente la novela de espionaje y aventuras *Kim* y, sobre todo, *El libro de las tierras vírgenes,* al cual pertenece el cuento de "Rikki-Tikki-Tavi", que narra la épica batalla entre una pequeña mangosta y dos terribles cobras negras que se habían apoderado del jardín del búngalo de una familia inglesa que vivía en los linderos de la selva.

VIENTOS DEL PUEBLO

www.fondodeculturaeconomica.com